

7.2 'CUERPOS REBELDES' CONTRA LA ESCALADA DEL ACOSO Y EL ASALTO SEXUAL EN LAS CALLES DE EGIPTO TRAS LA REVOLUCIÓN DE 2011

Susana Galán¹

La violencia sexual se ha convertido en una constante en las concentraciones políticas que se han multiplicado en Egipto tras la caída del régimen de Hosni Mubarak, con efectos muy negativos sobre la presencia de las mujeres en los lugares de protesta y, de forma más general, su participación en la transición política del país.² A pesar del interés y la preocupación que este incremento de la violencia ha despertado tanto en círculos académicos como en activistas, pocos estudios se han ocupado hasta el momento de establecer conexiones entre estos ataques y una cuestión que ha centrado la atención de numerosas asociaciones de mujeres egipcias desde, por lo menos, mediados de los años 2000: el acoso sexual callejero.³

Entre las voces que, de forma excepcional, han explorado esta relación destacan Paul Amar y Deniz Kandiyoti, cuyos análisis de la violencia sexual en el Egipto post-

¹ Susana Galán es una estudiante de doctorado del programa de Women's and Gender Studies en Rutgers University (Estados Unidos). Galán es licenciada en Periodismo (Universidad Autónoma de Barcelona, 2000) y tiene un Máster de Estudios Europeos (Europa-Universität Viadrina, 2005).

² Según un informe elaborado por varias asociaciones egipcias, los asaltos sexuales contra mujeres manifestantes alrededor de la plaza Tahrir no han cesado desde el mes de marzo de 2011, apenas un mes después de la dimisión de Hosni Mubarak. Estos ataques alcanzaron niveles máximos de virulencia durante el primer y el segundo aniversario de las revueltas de 25 de enero de 2011, en los meses de junio y julio de 2012, en noviembre de 2012 (El-Nadeem *et al.* 2013) y durante la intervención militar de julio de 2013.

³ Por acoso sexual entiendo la “conducta sexual no deseada perpetrada deliberadamente por [un] acosador, resultando en el abuso sexual, físico o psicológico de la víctima, independientemente del lugar [en que ésta se produzca], sea éste el lugar de trabajo, la calle, el transporte público, una institución educativa, o incluso en lugares privados como el hogar o en compañía de otros como familiares y compañeros de trabajo, etc.” (ECWR, 2010: 13). El acoso sexual callejero, o “acoso por parte de un extraño en lugares públicos” es, según el Centro Egipcio por los Derechos de las Mujeres (ECWR en sus siglas en inglés), la forma de acoso sexual más frecuente en Egipto (ídem). Esta puede incluir “miradas, gestos, proposiciones sexuales, preguntas de tipo privado o sexual, la muestra de fotos o imágenes sexuales, tocamientos no deseados, etc.” (ídem).

revolucionario han servido para avanzar en la comprensión de este fenómeno, iluminando la responsabilidad de las fuerzas de seguridad en estos ataques (Amar, 2011) y las particulares condiciones sociales que permiten explicar, al mismo tiempo, la escalada de la violencia y la multiplicación de la resistencia contra ésta (Kandiyoti).⁴ Tomando estos dos autores como punto de partida, en este artículo quiero desarrollar un marco de análisis que permita estudiar ambas cuestiones—los asaltos sexuales en protestas y el acoso sexual callejero— de manera conjunta a través de dos conceptos desarrollados por Michel Foucault, la noción de *cueros dóciles*, en su variante feminista articulada por Sandra L. Bartky y Susan Bordo, y la de *gubernamentalidad*. Teniendo en cuenta la distribución geográfica de los asaltos y el acoso sexual callejero en el Cairo, quiero sugerir que la violencia sexual no es un fenómeno dado, que aparece de forma natural e inevitable en situaciones de inestabilidad social y política, sino una de las muchas tecnologías de “gubernamentalidad espacial” (Merry, 2001) desplegadas por una amplia variedad de actores (el régimen autoritario, el ejército, y los partidos conservadores, entre otros) para gestionar —y controlar— el movimiento de las mujeres en las calles y su presencia en la esfera pública.

Con esta intervención pretendo generar un diálogo entre dos corpus de investigación feminista —la literatura sobre violencia sexual política, por una parte, y sobre acoso sexual callejero, por otra— con el objetivo de desentrañar las complejas dinámicas de la violencia sexual más allá de las situaciones de inestabilidad social y política en que se produce. Al mismo tiempo, creo que esta perspectiva permite percibir con más claridad la dimensión eminentemente política de las iniciativas que han surgido para protestar y contrarrestar estos ataques. Las manifestaciones contra los asaltos, la creación de grupos de autodefensa en la plaza Tahrir o los proyectos comunitarios para crear zonas libres de acoso sexual en los barrios poco tienen que ver con las protestas que, a mediados de los años 2000, reclamaban a la policía más seguridad en las calles (Amar 2011). Al contrario, las formas de activismo que están surgiendo

4 Los textos de Deniz Kandiyoti a los que hago referencia son tres artículos publicados en OpenDemocracy.Net en 2011, 2012 y 2013. Estos son “Promise and Peril: Women and the 'Arab Spring'” (8 de marzo de 2011, enlace: <http://www.opendemocracy.net/5050/deniz-kandiyoti/promise-and-peril-women-and-%E2%80%98arab-spring%E2%80%99>), “Disquiet and Despair: The Gender Sub-texts of the 'Arab spring'” (26 de junio de 2012, enlace: <http://www.opendemocracy.net/5050/deniz-kandiyoti/disquiet-and-despair-gender-sub-texts-of-arab-spring>) y “Fear and Fury: Women and Post-revolutionary Violence” (14 de enero de 2013, enlace: <http://www.opendemocracy.net/5050/deniz-kandiyoti/fear-and-fury-women-and-post-revolutionary-violence>).

en la actualidad se caracterizan más bien por la desconfianza en el Estado y por la imbricación entre la lucha contra la violencia sexual y los principios que guiaron la revolución de 2011.

Asaltos sexuales en protestas y acoso sexual callejero, ¿parte del mismo fenómeno?

Durante años, investigadoras feministas y de los derechos humanos se han preocupado por el incremento de la violencia sexual contra mujeres durante crisis políticas (ver, por ejemplo, Cockburn, 2007; Cohen, 2013; Heineman, 2011; Leatherman, 2011; Pitanguy, 2007; entre muchas otras). Al mismo tiempo, el acoso sexual callejero ha sido un foco de discusión en la literatura feminista desde los años 70 (ver, por ejemplo, Bowman, 1993; Crouch, 2009; Di Leonardo, 1981; Fairchild y Rudman, 2008; Gardner, 1995; Kissling, 1991; Wesselman y Kelly, 2010; Wise y Stanley, 1987; entre otras). Aunque centrados en el mismo objeto de estudio, estos dos campos conceptualizan la violencia sexual de forma muy diferente: mientras que en el primer caso se considera extraordinaria y motivada políticamente, en el segundo se estima ordinaria y común en las interacciones sociales.⁵

En el caso de Egipto, este tratamiento diferenciado se observa tanto a nivel de investigación como de activismo. Por una parte, ya antes de las revueltas de 2011, el acoso sexual callejero era considerado como un “peligroso cáncer social” que afectaba a todas las mujeres en Egipto (ECWR, 2010: 5).⁶ Para explicar la ubicuidad de este fenómeno en las calles, los expertos señalaban que las duras condiciones económicas impuestas por los programas de ajuste estructural del Fondo Monetario Internacional en los años 80 y 90 habían provocado un retraso en la edad de matrimonio de los

⁵ En los años 70, feministas radicales de los Estados Unidos teorizaron por primera vez una serie de comportamientos que hasta entonces se consideraban “un hecho natural de la vida que las mujeres simplemente han de tolerar” (Thompson, 1994: 314). Lo que en adelante se conocería como acoso sexual callejero incluía todas las “micro-interacciones” (Di Leonardo, 1981: 51) en forma de palabras, sonidos y gestos a través de las cuales un extraño “afirma su derecho a interferir en la atención de [una] mujer, definiéndola como objeto sexual y forzándola a interactuar con él” (52; ver también Brant y Too, 1994; Tuerkheimer, 1997).

⁶ En 2008, un informe del Centro Egipcio por los Derechos de las Mujeres afirmaba que el 83% de mujeres egipcias y el 98% de mujeres extranjeras había sido objeto de acoso sexual, y revelaba que el 62% de los hombres encuestados admitían haber acosado a mujeres (ECWR, 2010: 16 y 18).

jóvenes egipcios, generando una creciente presión sobre los hombres jóvenes que, muchas veces desempleados y en situación económica precaria, no podían pagar una dote. Según este argumento, el acoso sexual callejero sería la única válvula de escape para la frustración sexual de esta parte de la población (Ilahi, 2010).⁷ Por otra parte, el ataque organizado a mujeres manifestantes en protestas (un fenómeno que, cabe recordar, también precede a las revueltas de 2011)⁸ aparecía como un problema que sólo afectaba a una minoría, las mujeres activistas –mayoritariamente jóvenes y de clase media– que se oponían al régimen autoritario. Como consecuencia, el discurso de las asociaciones de lucha contra el acoso sexual callejero y el de las organizaciones de apoyo a las defensoras de los derechos humanos se desarrollaron de forma separada y, a menudo, en oposición, pues las primeras demandaban una mayor presencia policial en las calles que chocaba con la reclamación del espacio público reivindicada por las segundas (Amar, 2011).

La revolución de 2011 cambió estas percepciones. Durante los 18 días que transcurrieron entre el inicio de las revueltas –el 25 de enero de 2011– y la renuncia de Mubarak, no se denunciaron casos de acoso o asalto sexual en la acampada de la plaza Tahrir.⁹ De hecho, tal como señala Nadge Al-Ali (2012), “las mujeres declararon

7 Por el contrario, feministas radicales de los Estados Unidos han argumentado convincentemente que el acoso sexual callejero “no tiene nada que ver con hombres sintiendo y expresando *atracción* sexual; [sino] con hombres expresando poder y menosprecio por las mujeres” (Wise y Stanley, 1987: 87).

8 En mayo de 2005, una manifestación organizada por el movimiento *Kefaya* (“Basta”) para protestar contra la enmienda del artículo 76 de la constitución fue atacada por un grupo de matones a sueldo, que asaltaron a las mujeres participantes, arrastrándolas por el suelo y desnudándolas.

9 El respeto por las mujeres durante las acampadas es un hecho destacado en muchos de los blogs personales escritos por egipcias que asistieron a las protestas (Galán, 2012: 25). En la mayoría de los casos, sin duda, la descripción de las movilizaciones está marcada por la intensidad del momento revolucionario y la idealización de la plaza Tahrir como espacio de libertad y confraternidad. Sin embargo, nada parece indicar que la descripción de las blogueras –que en su mayoría no son activistas– no se ajuste a la realidad de su experiencia. Al contrario, todas tratan de capturar con sus palabras la esencia de un momento histórico en que las relaciones sociales entre hombres y mujeres egipcios se redefinieron de forma temporal. No obstante, la noche de la renuncia de Mubarak, la periodista de la cadena estadounidense CBS, Lara Logan, sufrió una agresión sexual en los alrededores de la plaza Tahrir. Ver “Una reportera de EEUU es agredida sexualmente en la revuelta de Egipto.” *El País*, 16 de febrero de 2011. Enlace: http://internacional.elpais.com/internacional/2011/02/16/actualidad/1297810806_850215.html.

que nunca se habían sentido tan seguras y tratadas con tanto respeto como durante las protestas” (27). Aunque pronto la hostilidad sexual volvió con fuerza a las calles del Cairo, con una escalada sin precedentes de los casos de violencia sexual,¹⁰ esta discontinuidad temporal permite cuestionar que el acoso sexual callejero sea endémico e intrínseco a la sociedad egipcia.

Por otra parte, desde la revolución de 2011, la línea divisoria entre violencia sexual política y acoso sexual callejero se ha vuelto cada vez más borrosa, al tiempo que las calles egipcias se han convertido en el escenario permanente de las protestas que – casi de forma ininterrumpida– se han sucedido desde enero de 2011 hasta la actualidad. Lejos de ser actos dispares, cada vez más acoso y asalto sexual aparecen conjuntamente, con casos de acoso aparentemente ordinarios degenerando rápidamente en brutales asaltos sexuales en un “continuo de violencia sexual” (Kelly, 1978).¹¹

Paul Amar, los 'baltagiya' y el “Estado acosador”:

Tratando de abordar estas cuestiones, Paul Amar (2011) describe el acoso sexual callejero como “un instrumento de terror de Estado desplegado tácticamente por el estado policial” y perpetrado por matones de paisano, los *baltagiya* (301).¹²

10 Según un informe de la United Nations Entity for Gender Equality and the Empowerment of Women, publicado el 28 de abril de 2013, el 99,3% de las mujeres egipcias ha experimentado alguna forma de acoso sexual. De éstas, el 96,5% ha sufrido tocamientos no deseados. Enlace: <http://www.dailynewsegypt.com/2013/04/28/99-3-of-egyptian-women-experienced-sexual-harassment-report/>

11 El concepto de “continuo de violencia sexual” subraya la gravedad de algunos comportamientos aparentemente inocentes, como los piropos o silbidos, señalando que éstos pueden transformarse rápidamente en abuso verbal o, incluso, escalar a formas más severas de violencia sexual, como la violación (Gardner, 1995: 2). En vez de considerar estos actos como fenómenos discretos y radicalmente diferentes, Kelly (1987) los sitúa en los extremos opuestos de un mismo continuo para ilustrar que la diferencia entre los primeros y los segundos es “de grado y no de tipo” (59). Según Crouch (2009), la imposibilidad de predecir el comportamiento de un extraño refuerza el miedo a la violación, un factor mencionado por la mayoría de mujeres afectadas por el acoso sexual callejero (139).

12 Amar (2011) describe los *baltagiya*, o matones a sueldo, como “policía de seguridad en ropa de civil” (300). Estos grupos aparecieron en los asentamientos informales de los alrededores del Cairo en los años 90 y fueron “apropiados como herramientas útiles de la policía” durante los años 2000 (308).

Estableciendo un vínculo entre estos actos y la represión política ejercida por Mubarak, Amar señala que ya en las protestas antigubernamentales de mediados de los años 2000, las mujeres eran un blanco preferente de los ataques:

Las mujeres que protestaban eran sexualizadas y su respetabilidad anulada: no sólo con insinuaciones y acusaciones, pero literalmente, asaltándolas sexualmente en público y arrestándolas como prostitutas, anotando sus nombres en registros judiciales y notas de prensa como criminales sexuales y luego violándolas y torturándolas sexualmente en prisión (Amar, 2011: 309).

De forma similar, Amnistía Internacional (2013) indica en un informe reciente que el patrón de violencia sexual que se da en las protestas actuales es “reminiscente del uso del acoso y el asalto sexual contra mujeres manifestantes bajo el anterior presidente Hosni Mubarak” (8). En la documentación facilitada por esta organización, los testimonios de los ataques se refieren invariablemente a su “naturaleza coordinada” y al hecho que los “perpetradores usan tácticas similares” (2013: 7). A diferencia de los casos ordinarios de acoso sexual callejero, las mujeres que han sufrido estos asaltos señalan que “los atacantes son mucho más persistentes, luchan contra ti y contra cualquiera que te esté protegiendo”,¹³ y que éstos tienen “una conducta calmada, una apariencia relativamente acomodada, y la habilidad de llevar a cabo ataques de este tipo en público sin miedo al castigo” (Amnistía Internacional, 2013: 8). Según las activistas por los derechos de las mujeres, estas agresiones buscan “silenciarlas, excluirlas de los espacios públicos y de los acontecimientos políticos que están determinando el futuro de Egipto, y romper la resistencia de la oposición” (ídem).

Sin embargo, el *efecto baltagi* (Amar, 2011) es insuficiente para explicar ataques similares que tienen lugar “fuera de la esfera política” de forma diaria,¹⁴ o el elevado

13 Ver Trew, B. “Breaking the silence: Mob sexual assault on Egypt's Tahrir”. *Ahram Online*, 3 de julio de 2012. Enlace: <http://english.ahram.org.eg/NewsContent/1/64/46800/Egypt/Politics-/Breaking-the-silence-Mob-sexual-assault-on-Egypt-asp.aspx>.

14 Precisamente, uno de los primeros casos de acoso sexual colectivo del que se tiene constancia –los asaltos sexuales masivos en el centro del Cairo durante el *Eid*, la festividad que marca el final del mes de Ramadán, de 2006– no sucedieron durante una protesta política sino durante una celebración popular. Y aunque Amar (2011) insiste en interpretar estos acontecimientos usando el marco del “Estado acosador”, y critica a las asociaciones de lucha contra el acoso sexual que “no ataron cabos” entre estos asaltos y la estrategia del Estado de dañar la respetabilidad de las mujeres políticamente activas, parece improbable que la “multitud

número de hombres que participa en las asaltos.¹⁵ Precisamente, en relación con esto, activistas egipcias han señalado que “15 individuos de un grupo de atacantes pueden estar afiliados con las fuerzas de seguridad, pero los números son tan enormes [que] debe haber otros hombres que simplemente se unen a ellos”.¹⁶ Aunque parece probado que estas agresiones están orquestadas, la impunidad con la que se llevan a cabo sólo puede existir con la aquiescencia de amplios sectores políticos y sociales, con órganos políticos como el Consejo de la Shura¹⁷ culpando a las víctimas por asistir a las protestas políticas, las fuerzas de seguridad permaneciendo inmutables y sin intervenir ante la violencia (cuando no acosando de forma activa), un sistema jurídico que dificulta el procesamiento de los culpables, y un discurso mediático que cuestiona la respetabilidad de las manifestantes y las acusa de ser agentes extranjeras en una situación política saturada de paranoia.

Aunque Amar (2011) está en lo cierto al acusar a la policía de “permitir, e incluso alentar, los ataques” (314), esta complicidad no es suficiente para explicar porque algunos hombres egipcios aprovechan un momento de suspensión de las normas sociales para acosar sexualmente a las mujeres. Más bien, como Amnistía Internacional (2013) señala, la pasividad de las fuerzas de seguridad y el “fracaso de las autoridades en prevenir, combatir y castigar la violencia contra las mujeres” son sólo algunos de los factores que facilitan el mantenimiento de una cultura de la impunidad (9). Otros aspectos que deberían ser tenidos en cuenta son la “profunda discriminación contra las mujeres en la ley y en la práctica [y] las actitudes institucionalizadas que discriminan a las mujeres” (ídem).

de centenares” que participaron en los ataques estuviera compuesta, en parte o en su totalidad, por matones a sueldo (314).

15 Ver nota 13.

16 Ídem.

17 La cámara alta del parlamento bicameral egipcio.

De “el-patriarcado-de-siempre” a la necesidad de “restauración masculinista”:

Deniz Kandiyoti ofrece un enfoque diferente para analizar “la violencia contra las mujeres post-primavera árabe”,¹⁸ un término que incluye tanto actos perpetrados por las fuerzas de seguridad (por ejemplo, los “tests de virginidad” en marzo de 2011) como los protagonizados por civiles (como el acoso a manifestantes durante el Día Internacional de la Mujer en 2011 y en posteriores movilizaciones contra el acoso sexual). Aunque coincide con Amar en que los ataques son “un intento claro de desalentar la presencia pública” de mujeres, Kandiyoti no apunta al Estado como único responsable, sino que señala a la sociedad egipcia en su conjunto. Al mismo tiempo, sin embargo, Kandiyoti evita cuidadosamente caer en la trampa orientalista que “atribuye todos los abusos que afectan a las mujeres a una noción atemporal de patriarcado”¹⁹, y rechaza describir el aumento de los asaltos y el acoso sexual callejero contra las mujeres en Egipto como “el-patriarcado-de-siempre”, señalando la necesidad de identificar las “diferentes dinámicas complejas y perniciosas en funcionamiento de forma simultánea”.²⁰ Para esta autora, la presente situación no refleja formas tradicionales de dominación masculina/subordinación femenina, sino un nuevo fenómeno, que ella denomina de “restauración masculinista”.²¹ Según Kandiyoti, éste entra en juego cuando “el-patriarcado-de-siempre” ya no se siente “suficientemente seguro, y requiere de niveles más altos de coerción y del despliegue de aparatos ideológicos de Estado más variados para asegurar su reproducción”.²² Lo que diferencia el momento post-revolucionario de la situación previa a las revueltas (la

18 Ver Kandiyoti, D. “Disquiet and Despair: The Gender Sub-texts of the ‘Arab spring.’” *OpenDemocracy.Net*, 26 de junio de 2012. Enlace: <http://www.opendemocracy.net/5050/deniz-kandiyoti/disquiet-and-despair-gender-sub-texts-of-arab-spring>.

19 En este punto, Kandiyoti se distancia de voces feministas radicales como la de Mona Eltahawy (ver Eltahawy, M. 2012. “Why Do They Hate Us?” *Foreign Policy*, May/June. Enlace: http://www.foreignpolicy.com/articles/2012/04/23/why_do_they_hate_us).

20 Ver Kandiyoti, D. “Fear and Fury: Women and Post-revolutionary Violence.” *OpenDemocracy.Net*, 14 de enero de 2013. Enlace: <http://www.opendemocracy.net/5050/deniz-kandiyoti/fear-and-fury-women-and-post-revolutionary-violence>).

21 Ídem.

22 Ídem.

diferencia entre la “restauración masculinista” y “el-patriarcado-de-siempre”) es, para Kandiyoti, la “creciente naturaleza pública tanto de las ofensas como de las reacciones populares a éstas”.²³ En vez de regresar al hogar y evitar las protestas, las mujeres están respondiendo a cada instancia de acoso sexual callejero y cada asalto sexual con más manifestaciones, más activismo, más organización, y más exposición pública. Es precisamente esta “desobediencia e insubordinación femenina” la que para Kandiyoti está provocando el incremento de la violencia contra las mujeres.²⁴

Kandiyoti coincide con Amar (2011) en que el acoso sexual callejero no debe ser interpretado como un “problema atemporal ligado a la masculinidad” (313) pues, tal como señala, este enfoque “puede involuntariamente proteger a los titulares del poder de un escrutinio más minucioso”.²⁵ Al mismo tiempo, sin embargo, para Kandiyoti el acoso sexual no es simplemente “la particular perversión practicada por el Estado de seguridad represivo” (Amar, 2011).²⁶ Si bien concede que “los Estados están inevitablemente implicados” en el incremento de la violencia sexual, según Kandiyoti el ascenso político de ciertos actores y partidos no es suficiente para explicar la precaria situación de las mujeres en Egipto.²⁷

El acoso sexual callejero como medio de control social:

Aunque Amar y Kandiyoti incluyen el acoso sexual callejero en sus análisis, su foco principal de atención es la violencia sexual en protestas. En este sentido, estos autores parecen subestimar los efectos perniciosos del acoso sexual callejero llamado ordinario sobre el movimiento de las mujeres y su comportamiento en público, así como el impacto negativo de éste sobre la participación política de las egipcias. Tal como la literatura académica feminista ha argumentado desde los años 70, el acoso sexual callejero es “un medio de control social” (Lenton et al., 1999: 520) que tiene un

23 Ídem.

24 Ídem.

25 Ídem.

26 Ídem.

27 Ver Kandiyoti, D. “Disquiet and Despair: The Gender Sub-texts of the 'Arab spring.'” *OpenDemocracy.Net*, 26 de junio de 2012. Enlace: <http://www.opendemocracy.net/5050/deniz-kandiyoti/disquiet-and-despair-gender-sub-texts-of-arab-spring>.

“impacto acumulativo” sobre las mujeres (Thompson, 1994: 314; ver también Wise y Stanley, 1987; Davis, 2002). Para Wise y Stanley (1987), formas de expresión consideradas inocuas como los piropos y los silbidos son comparables a un “grifo que gotea”, con continuas “intrusiones que nos desgastan resonando en todo momento en nuestras conciencias de manera que nunca podemos librarnos de ellas” (114). La acumulación de daño que se deriva de estas “microagresiones” (Davis, 2002: 222) genera según Tuerkheimer (1997) un “trauma psicológico” que tiene consecuencias desempoderadoras para las mujeres (190). Como Wise y Stanley (1987) señalan, la mayoría de mujeres sólo experimenta formas extremas de violencia sexual como la violación (lo que ellas denominan “comportamientos 'mazo,'” 98) de forma ocasional. Sin embargo, el miedo a ser víctima de uno de estos actos –infundido por formas de acoso sexual callejero más mundanas– constriñe la vida de las mujeres y su libertad de movimiento (ver también Kelly, 1987: 49).

Para Gardner (1995), además, los avisos que constantemente alertan a las mujeres del riesgo de estar en la calle, y que las hacen sentir responsables de su propia seguridad y culpables de cualquier agresión que puedan sufrir, representan, junto con el miedo a la violación, los “terrorismos 'menores' diarios” que acrecientan la sensación de vulnerabilidad de las mujeres en público (240; ver también Hanmer y Maynard, 1987; Kissling, 1991; Larkin, 1997; Tuerkheimer, 1997). En Egipto, un claro ejemplo de este tipo de advertencias es la campaña contra el acoso sexual puesta en marcha por grupos islamistas y salafistas en 2008 bajo el título “No puedes pararlos, pero puedes protegerte”. Mostrando dos chupachups –uno descubierto y rodeado de moscas, el otro cubierto y preservado–, el anuncio moviliza nociones naturalizadas de masculinidades depredadoras e hipersexuales para disciplinar a las mujeres tratando de persuadirlas para que adopten formas de vestir conservadoras.²⁸

El acoso sexual, según Crouch (2009), sirve para “mantener a las mujeres en ciertos espacios físicos y fuera de otros o, por lo menos, [para] controlar el comportamiento de las mujeres en esos espacios” (137; ver también Kissling, 1991; Lenton et al., 1999), por ejemplo influyendo en su decisión de regresar a casa a cierta hora o de vestirse de

²⁸ Todos los informes publicados al respecto refutan el argumento que sostiene que llevar el velo es una protección contra el acoso sexual callejero. Entre otros, el ECWR (2010) señala que el 72,5% de las mujeres encuestadas que han sido objeto de acoso sexual callejero llevaban el velo, concluyendo que “la apariencia de la mujer no es un factor determinante para el acoso” (16).

un cierto modo para evitar ser acosadas sexualmente. En el marco de los debates feministas sobre la división público/privado, varias autoras han sugerido que el acoso sexual callejero es un “método de 'segregación'” que relega a las mujeres al hogar (Gardner, 1995: 11) o, incluso, que provoca “una getoización informal de las mujeres (...) en la esfera privada” (Bowman, 1993: 520). Aunque parcialmente cierto en Egipto, el acoso sexual callejero tiene un efecto diferente sobre las mujeres según la clase social. Tal como afirma De Koning (2009), las calles del Cairo son un “espacio para hombres” donde las mujeres no acompañadas reciben un “estatus liminal y ambiguo como transeúnte marginalizado, y potencialmente ilegítimo y de mala reputación” (547). Al mismo tiempo, sin embargo, las mujeres de clase media y media-alta pueden optar por abandonar los “espacios abiertos” de la calle y refugiarse en los “espacios seguros” de las cafeterías de estilo occidental, los centros comerciales y las comunidades valladas (“gated communities”) que han proliferado en los barrios acomodados de Maadi y Zamalek y en el desierto (533; Abaza, 2006: 204).

En ambos casos, el acoso sexual callejero sirve para indicar a las mujeres que algunos espacios públicos están vedados para ellas. Lejos de ser sutiles, estas “prácticas exclusivistas” (Gardner, 1995: 75) se (re)afirman de manera constante “a través de un cierto control de los cuerpos” que puede volverse violento cuando se subvierte (Rose, 1993: 365), por ejemplo por medio de “ataques sexuales [que] advierten a las mujeres diariamente que sus cuerpos no deberían estar en ciertos espacios” (362).

El acoso sexual callejero y la creación de “cuerpos dóciles”:

En *Vigilar y castigar*, Michel Foucault (1976 [1975]) examinó el “cuerpo como objeto y blanco de poder”, y desarrolló el concepto de “cuerpo dócil”, un cuerpo que “puede ser sometido, que puede ser utilizado, que puede ser transformado y perfeccionado” (140). En este texto, el filósofo francés describió las “disciplinas” que construyen y gradualmente corrigen el cuerpo a través de una “política de las coerciones que constituyen un trabajo sobre el cuerpo, una manipulación calculada de sus elementos, de sus gestos, de sus comportamientos” (1976: 141). Esta “mecánica del poder” tiene lugar para Foucault a través de “una coerción ininterrumpida, constante” (ídem).

Aunque Foucault se refiere a un cuerpo sin género (que es por defecto masculino) y lo sitúa en relación con las instituciones militares, escolares y hospitalarias que, para él,

juegan un rol fundamental en el proceso de “controlar o corregir las operaciones del cuerpo” para hacerlo útil e inteligible (1976: 140), académicas feministas han utilizado estas ideas para revelar “aquellas disciplinas que producen una modalidad de adiestramiento corporal que es específicamente femenina” al margen de –o en paralelo a– las instituciones disciplinarias identificadas por el filósofo francés (Bartky, 2008 [1988]: 138).²⁹ A través de una “apropiación feminista de Foucault”, autoras como Susan Bordo (1989) han descrito la “disciplina y la normalización del cuerpo femenino (...) como una estrategia de control social increíblemente duradera y flexible” (14). Entre las prácticas disciplinarias aplicadas particularmente sobre las mujeres, Bartky (2008) se refiere a:

aquellas que buscan producir un cuerpo de un cierto tamaño y configuración; aquellas que extraen de este cuerpo un repertorio específico de gestos, posturas y movimientos; y aquellas dirigidas hacia la exhibición de este cuerpo como una superficie ornamentada (138 - 139).

De forma similar, Bordo (1999) alude a “las 'micro-prácticas' materiales de la vida diaria” que incluyen, tal como señala, “no sólo la ropa que una se pone, sino también quién cocina y limpia y, más recientemente, lo que una come o no come” (249). Aunque ambas autoras se centran en las “tecnologías de la feminidad” (Bartky, 2008: 143) –que para ellas incluyen, por ejemplo, hacer dieta, ejercicio, la aplicación de cosméticos, el cuidado del pelo y de la piel– y en alguna de sus consecuencias más extremas (como la anorexia nerviosa en Bordo, 1989), Bartky también se refiere a la restricción del movimiento y la espacialidad de las mujeres que se refleja en “diferencias de género significativas en los gestos, las posturas, los movimientos, y en todo el comportamiento corporal en general” (140). Dentro de este marco normativo, la

29 En esta cita de Sandra L. Bartky, he optado por traducir “embodiment” como “adiestramiento corporal” siguiendo a Gabriela Castellanos (2004) en *La mujer que escribe y el perro que baila: Ensayos sobre género y literatura* (Editorial La Manzana de la Discordia, Cali: 112) frente a otras traducciones como “incorporación” (Gabriela Castellanos, 2008: 138) o “subjetivación” (ver, por ejemplo, Moro Abadía, Oscar. 2006. *La perspectiva genealógica de la historia*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria, Santander) con el objetivo de mantener el foco sobre el cuerpo. En cambio, he optado por “específicamente” (Moro Abadía, nota 6: 171) en vez de “típicamente” (Castellanos).

mujer que desobedece las normas y se niega a constreñir sus movimientos es la mujer “suelta”,³⁰ cuya transgresión no es solamente física sino también moral (idem).

Aunque ni Bartky ni Bordo hacen referencia al acoso sexual callejero, este fenómeno es sin duda una de las muchas prácticas disciplinarias por medio de las cuales “se construye el cuerpo femenino ideal” (Bartky, 2008: 143). Este aspecto se refleja, por ejemplo, en el siguiente texto, escrito por la bloguera egipcia Zeinobia en el marco de la campaña #EndSH, que se celebró el 20 de junio de 2011 para protestar en Internet contra el acoso y la violencia sexual en Egipto:

No sonríes cuando estés en un taxi. Este fue el gran consejo que nos dio mi profesora de historia en el instituto para evitar el acoso sexual en taxis... Aún no sonrío en los taxis, de hecho ya ni siquiera sonrío cuando camino por la calle por culpa de los comentarios que escucho.³¹

Y es también evidente en el siguiente fragmento de la declaración de apertura de la exposición “*Kefaya: Basta de acoso*”, que organizó el centro cultural Darb 1718 en el Cairo en el verano de 2012:

Ropa de una talla más grande, hecho. Gafas de empollona, hecho. Velo cubriendo todo indicio de pelo, hecho. Cara sin maquillaje, hecho. No creo que pueda pasar más desapercibida. Lo único que necesito hacer ahora es mirar al frente y conseguir llegar al trabajo sin ser humillada.³²

Cuestiones similares sobre qué ropa (no) ponerse, cómo (no) comportarse, a dónde (no) ir para evitar el acoso sexual callejero son comunes en las conversaciones entre mujeres sobre la vida en el Cairo. Estos consejos y advertencias constituyen, junto a las expresiones de acoso sexual, la “microfísica del poder” que refuerza la sujeción de los cuerpos de las mujeres a una disciplina precisa (Foucault, 1976: 33).

Cabe señalar, sin embargo, que este “control minucioso de las operaciones del cuerpo” no lo ejercen, en este caso, instituciones establecidas como el ejército, la

30 La traducción de Gabriela Castellanos del texto de Bartky es “brincona”, pero he preferido reemplazarla por un término más utilizado en España.

31 Ver Zeinobia: “#EndSH: I want to smile”. *Egyptian Chronicles*. 20 de junio de 2011. Enlace: <http://egyptianchronicles.blogspot.com/2011/06/nosh-i-want-to-smile.html>.

32 Material recopilado por la autora.

escuela o el hospital (ídem: 141) sino más bien, de una forma que se asemeja más a la descripción que Foucault hace del poder en su obra posterior, *Historia de la sexualidad 1: La voluntad de saber*, “el poder está en todas partes” en el sentido que “viene de todas partes” (Foucault, 1977 [1976]: 113). Es de este mismo modo que Bartky (2008) entiende el poder disciplinario que somete los cuerpos de las mujeres a las normas de feminidad (un poder que, según esta autora, “está en todas partes y en ninguna”, 145) así como su brazo ejecutor (para Bartky, “disciplinarios son todos y sin embargo ninguno en particular”, ídem). Tal como apunta Foucault (1976), los cuerpos dóciles no son producidos a través de una aplicación directa de poder por parte del soberano sino más bien a través de

una multitud de procesos con frecuencia menores, de origen diferente, de localización diseminada, que coinciden, se repiten, o se imitan, se apoyan unos sobre otros, se distinguen según su dominio de aplicación, entran en convergencia y dibujan poco a poco el diseño de un método general (142).

En el caso del acoso sexual callejero, las micro-prácticas de poder pueden tomar la forma de piropos, silbidos, o un pellizco por parte de un extraño en la calle, o pueden ser el resultado de la pasividad de un oficial de policía, la advertencia de una figura religiosa, o el consejo de una profesora de historia, como en el caso de Zeinobia.

Tal como Bartky (2008) argumenta haciéndose eco de Foucault, el poder disciplinario es “peculiarmente moderno” (149), pues emerge cuando estructuras tradicionales de poder, como los lazos de parentesco, que solían ejercer control sobre las mujeres se debilitan: “A medida que las sociedades industriales cambian y que las mujeres mismas ofrecen resistencias al patriarcado, se erosionan las formas de dominación. Pero surgen nuevas, y éstas se extienden y se consolidan” (149). En Egipto, la migración campo-ciudad y la progresiva integración de la mujer en el mercado laboral han incrementado la presencia de mujeres en espacios públicos previamente reservados a hombres, especialmente en grandes urbes como el Cairo. Pero al mismo tiempo que la imposición de la autoridad familiar se ha relajado, el acoso sexual callejero ha surgido como una nueva forma de regulación “perpetua y exhaustiva” de los cuerpos de las mujeres (Bartky, 2008: 80).³³

33 Según Masa Amir, investigadora de la asociación Nazra for Feminist Studies, en los asentamientos informales que han proliferado en las afueras del Cairo el acoso sexual callejero no es tan prevalente como en el área metropolitana de la capital egipcia, una situación que se

Tal como Bartky y Bordo señalan, el “anonimato del poder disciplinario y su amplia dispersión” pueden crear la impresión que las prácticas disciplinarias son voluntarias o naturales (Bartky, 2008: 74; cf. Bordo, 1999: 253). Asimismo, con respecto al acoso sexual callejero, es difícil determinar qué papel juega este fenómeno en la decisión de las mujeres egipcias de vestirse de un cierto modo y no de otro, o de ocupar unos espacios y no otros.³⁴ Por otra parte, como Bartky (2008) advierte, subvertir el orden naturalizado tiene consecuencias a pesar de la aparente “ausencia de sanciones formales públicas” (76). Las mujeres que rechazan o fracasan en el intento de someterse a las formas más sutiles de disciplina se enfrentan a duros castigos, que incluyen formas más severas de acoso sexual callejero e incluso violaciones, un mecanismo que para Woodhull (1988) “se usa para justificar la regulación del movimiento de las mujeres y se tolera como medio para obstaculizar la circulación en público [de mujeres] sin [la compañía] de hombres” (175).

Gubernamentalidad espacial y distribución geográfica del acoso sexual callejero:

Según activistas de los derechos de las mujeres en Egipto, los asaltos sexuales se producen de manera desproporcionada en la plaza Tahrir y sus alrededores, un patrón de violencia que se hizo particularmente evidente la noche del 3 de julio de 2013. Mientras el ejército egipcio destituía al presidente Mohamed Morsi en medio de manifestaciones masivas a favor y en contra del jefe de Estado, se sucedieron 80 agresiones sexuales en la plaza. Sin embargo, en la segunda acampada de protesta contra Morsi, en frente del palacio presidencial, no se denunció ningún caso de acoso sexual o asalto.³⁵ Este despliegue diferencial de la violencia sexual en protestas

explica por el mantenimiento en estos lugares de formas de autoridad tradicionales (conversación con la autora).

34 Tal como MacLeod (1992) señala, las mujeres que participan en el movimiento para la recuperación del velo en el Cairo adoptan esta prenda por varias razones, “incluyendo religión, moda, acoso, y responsabilidades familiares” (543). En relación con el espacio, por otra parte, durante el verano de 2012 y 2013 varias de mis informantes –mujeres egipcias y expatriadas radicadas en el Cairo– mencionaron el acoso sexual como el motivo principal para evitar visitar el centro de la ciudad o decidir vivir en otros barrios. En uno de los casos, la informante se trasladó a otra zona de la ciudad después de sufrir un asalto sexual.

35 Conversación con Masa Amir, investigadora de la asociación Nazra for Feminist Studies, julio de 2013.

plantea una serie de interrogantes sobre el objetivo y la lógica de estas formas de agresión sexual. Aunque las defensoras de los derechos humanos argumentan que los ataques están ejecutados por matones a sueldo que pueden actuar con impunidad en la plaza porque conocen a la perfección su geografía,³⁶ esto no explica porque los casos ordinarios de acoso sexual callejero –desde piropos a silbidos, pasando por tocamientos no deseados e, incluso, violaciones– presentan una distribución espacial similar, con una mayor incidencia en el centro del Cairo, particularmente en la plaza Tahrir y sus alrededores.³⁷

El desarrollo de estos “paisajes segmentados” (De Koning, 2006: 224) no es accidental, sino el efecto planeado de una serie de “mecanismos reguladores” de *gubernamentalidad* espacial (Merry, 2001: 16). Este neologismo, introducido por Foucault en su conferencia del Collège de France de 1 de febrero de 1978, permite mirar “más allá del Estado” y examinar los múltiples “centros de gobierno” (Rose y Miller, 2008: 65) desde los que se ejerce el poder político “a través de una profusión de alianzas cambiantes entre diversas autoridades en proyectos para gobernar una multitud de facetas de la actividad económica, la vida social y la conducta individual” (52).³⁸ Tal como señala Merry (2001), la ciudad posmoderna se caracteriza por la gubernamentalidad del espacio mediante la creación de áreas de seguridad privatizadas y espacios vigilados para los consumidores. Esta estrategia, en vez de tratar de reformar los comportamientos considerados aberrantes, opta por el aislamiento del crimen y otras transgresiones mediante la separación espacial. En el caso del Cairo, el acoso sexual callejero campa a sus anchas en el centro de la ciudad

36 Ídem.

37 La distribución desigual del acoso sexual callejero en Egipto es particularmente visible en el mapa interactivo que la iniciativa HarassMap crea basándose en informes individuales recibidos diariamente a través de SMS, Twitter y correo electrónico. El 30 de enero de 2014, el mapa reflejaba 1.239 casos de acoso sexual, 1.065 de los cuales se habían producido en la zona metropolitana del Cairo (comparados con 79 en Alejandría). Con respecto a los casos del Cairo, 258 habían tenido lugar en el centro de la ciudad (comparados con 56 en el barrio acomodado de Zamalek, por ejemplo). De éstos, 179 se habían producido en la plaza Tahrir y sus alrededores. Ver http://harassmap.org/en/?page_id=93.

38 La gubernamentalidad –“conducir la conducta”– no depende para Rose y Miller (2008) de la existencia de una “red de ‘control social’ omnipresente” sino más bien de “incontables, a menudo en competición, tácticas locales de educación, persuasión, incentivación, gestión, incitación, motivación y ánimo” que, lejos de ser administradas centralmente, son el objeto de una “distribución de (...) tareas entre sectores seculares, espirituales, militares y familiares” (55).

bajo los auspicios de una policía tolerante, mientras que los espacios privados y securitizados de las comunidades valladas, los centros comerciales de lujo y las cafeterías de estilo occidental se blindan contra el acoso sexual mediante el acceso exclusivo, y la mirada constante de los sistemas de video-vigilancia y el personal de seguridad.³⁹

Esta gestión diferenciada de la inseguridad se produce en el contexto de un desarrollo urbano y suburbano que beneficia a las autoridades a dos niveles. Por una parte, funcionarios convertidos en contratistas semiprivados se lucran con la construcción de las comunidades valladas y los espacios de ocio privados en terrenos comprados por debajo de su valor de mercado con créditos de bajo interés concedidos por bancos públicos (Denis, 2006: 57) tras el desahucio forzoso de sus residentes (Ghannam, 2002).⁴⁰ Por otra parte, la huida de las elites urbanas del centro del Cairo, juntamente con la reubicación espacial de instituciones académicas y culturales clave, facilita la articulación por parte de las autoridades de un “discurso del riesgo” que identifica la polución y las aglomeraciones del centro del Cairo con la “pobreza, el crimen, y las protestas violentas contra el régimen”, proporcionando así una justificación para la represión policial y militar (Denis, 2006: 50).⁴¹

La multiplicación de 'cuerpos rebeldes' contra el acoso y el asalto sexual en las calles:

La coincidencia entre los lugares de protesta y las áreas con mayor incidencia de acoso y asalto sexual en el Cairo plantea preocupantes dudas sobre el rol reservado a las mujeres egipcias en la transición política que vive el país. Sin embargo, la escalada de la violencia sexual en el Egipto actual no debe ser entendida como “un momento

39 Esta exclusividad se regula económicamente, mediante precios desorbitados, y físicamente, por la localización de estos espacios en áreas poco accesibles con transporte público y a través de la función selectiva de los guardas.

40 Los lazos entre el ejército y los centros comerciales son especialmente estrechos en Egipto. Tal como señala Abaza (2006), “muchos oficiales retirados del ejército han abierto compañías de seguridad privadas y hoy, prácticamente, todos los centros comerciales utilizan sus servicios” (203).

41 Desde 2008, la Universidad Americana en el Cairo (AUC) ha trasladado de forma progresiva sus instalaciones desde su sede histórica en la plaza Tahrir a un nuevo campus construido en el desierto, a una hora de distancia del centro de la ciudad.

excepcional de desorden” derivado de las turbulencias ocasionadas por la revolución de 2011, sino como una expresión más de la violencia de género que se repite “de forma rutinaria en forma y grado variable” (George, 2007: 141). Partiendo de la lectura feminista ofrecida por Bartky y Bordo del poder disciplinario teorizado por Foucault, el acoso sexual callejero y los asaltos sexuales en protestas deben ser considerados tácticas disciplinarias y represivas que buscan limitar la participación política de las mujeres, desalentando su presencia en las calles y su acceso a la esfera de protesta. Tal como señala George, esta violencia “demanda nuestra atención, no porque [es] extraordinaria, sino por lo que revela sobre lo ordinario” (142).

A través de un análisis que incluye estos dos fenómenos he querido explorar las complejas vías a través de las cuales disciplina y poder se aplican sobre los cuerpos de las mujeres en las calles. Al mismo tiempo, sin embargo, pienso que este enfoque resulta especialmente adecuado para examinar no sólo el carácter represivo de la 'docilización' de los cuerpos, sino también sus aspectos productivos. Según Bartky (2008),

en ocasiones, algunas instancias de resistencia parecen surgir a partir de la introducción de

algunos factores nuevos y conflictivos en las vidas de los dominados: la yuxtaposición de lo viejo y lo nuevo y la incoherencia resultante o “contradicción” puede hacer que la sumisión a las viejas costumbres parezca cada vez más innecesaria (150).

Y, efectivamente, tal como Kandiyoti nos recuerda, a pesar de la ubicuidad del acoso sexual callejero antes de 2011, “las mujeres fueron visibles y efectivas durante las revueltas populares”, ocupando las plazas y las calles junto con los hombres en las protestas y en las manifestaciones contra el gobierno de Hosni Mubarak, primero, y, segundo, contra el régimen militar que le sucedió.⁴² Pero la utopía revolucionaria fue breve, y el primer síntoma de su fin llegó de forma muy temprana, el 8 de marzo de 2011, con motivo de la celebración del Día Internacional de la Mujer. La marcha organizada por las organizaciones feministas egipcias para conmemorar la jornada fue recibida con violencia en un entorno hostil, y las participantes sufrieron ataques físicos

42 Ver Kandiyoti, D. “Promise and Peril: Women and the 'Arab Spring'”. *OpenDemocracy.Net*, 8 de marzo de 2011. Enlace: <http://www.opendemocracy.net/5050/deniz-kandiyoti/promise-and-peril-women-and-%E2%80%99arab-spring%E2%80%99>).

y verbales.⁴³ La revelación, semanas más tarde, que manifestantes bajo arresto habían sido forzadas a someterse a 'tests de virginidad' despertó la indignación en el país,⁴⁴ pero no detuvo a las egipcias, que siguieron acudiendo a las protestas. Más bien al contrario, una de las víctimas, Samira Ibrahim, se erigió en símbolo de la lucha contra esta forma de abuso sexual cuando denunció al Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas (SCAF) por asalto sexual, consiguiendo la ilegalización de esta práctica por un tribunal egipcio en Diciembre de 2011. Lejos de ser estigmatizada, Ibrahim despertó respeto y solidaridad a partes iguales, sobre todo entre los círculos de activistas que se oponían al régimen militar. Elevándola a la categoría de heroína, la bloguera Zeinobia elogió su valentía por alzarse “no sólo contra toda una institución militar sino también contra una sociedad que es crítica cuando se trata de abuso sexual”.⁴⁵ En las calles, graffitis con el rostro de Ibrahim cubrieron el centro de la ciudad. En la esfera virtual, este incidente sirvió para abrir un espacio de debate sobre sexualidad y el derecho de las mujeres sobre sus propios cuerpos. Para la bloguera Fatma Emam, el caso de Ibrahim demostraba “la obsesión de toda una sociedad con un milímetro de membrana y la tendencia arraigada a evaluar a las mujeres por su actividad sexual”.⁴⁶ En la blogosfera, activistas de ambos sexos aprovecharon para

43 Tal como relata el activista Ahmad Awadalla, “las mujeres y las chicas sufrieron tocamientos, les estiraron el pelo; las sucias manos de los acosadores estaban por todo su cuerpo”. Ver “Faggots for Whores? Or What happened to Women March in Tahrir.” 8 de marzo de 2011. Enlace: <http://www.rwac-egypt.blogspot.com/2011/03/faggots-for-whores-or-what-happened-to.html>. De forma similar, la bloguera Brownie cuenta que la gente de la calle les “empezó a llamar putas, agentes de Suzanne Mubarak [la ex primera dama egipcia] y de Occidente”. Ver “Women day march: between overwhelmed and brutal.” 8 de marzo de 2011. Enlace: <http://atbrownies.blogspot.com/2011/03/women-day-march-between-overwhelmed-and.html>.

44 Ver Amnistía Internacional. “Egyptian women protesters forced to take ‘virginity tests.’” 23 de marzo de 2011. Enlace: <http://www.amnesty.org/en/for-media/press-releases/egyptian-women-protesters-forced-to-take-%E2%80%9Bvirginity-tests%E2%80%99-2011-03-23>.

45 Ver “#Virgintygate : More than important court rule.” 27 de diciembre de 2011. Enlace: <http://egyptianchronicles.blogspot.com/2011/12/virgintygate-more-than-important-court.html#more>.

46 Ver “Vriginity Obsession.” 31 de marzo de 2011. Enlace: <http://atbrownies.blogspot.com/2011/03/vriginity-obsession.html>.

redefinir el concepto de honor, disociándolo del himen de las mujeres y reconectándolo a nociones de “honestidad, integridad y confianza.”⁴⁷

El 17 de diciembre de 2011, una mujer que participaba en una protesta fue golpeada brutalmente por la policía militar.⁴⁸ Cuando el vídeo de su cuerpo arrastrado por el suelo, con la *abaya* abierta mostrando un sostén azul se difundió viralmente, las egipcias no reaccionaron con miedo, sino con indignación, convocando una Marcha contra la Violencia y el Régimen Militar. La protesta reunió a más de 10.000 mujeres que cantaron slogans como “Las mujeres egipcias son la línea roja” y “Abajo el régimen militar”, estableciendo una conexión directa entre la seguridad de las mujeres y el derrocamiento del régimen. La manifestante anónima se convirtió en la encarnación de la resistencia contra la brutalidad sistemática del ejército hacia las mujeres y graffitis reproduciendo el sostén azul se multiplicaron en las calles del Cairo.

Cuando el incremento del acoso y los asaltos sexuales llegó a su apogeo en junio de 2012, las movilizaciones contra la violencia sexual arreciaron. El 8 de junio, una de las marchas en respuesta a un asalto sexual en la plaza Tahrir fue atacada, y también en esta ocasión la blogosfera emergió como espacio privilegiado para compartir experiencias. En su blog, Reem Labib escribió con respecto a la agresión: “las manos llegaron a mis pantalones y me los desabrocharon (...) y recuerdo morder a alguien con fuerza en el brazo”.⁴⁹ Su uso de la autodefensa –aunque limitada por una situación muy precaria– y su rechazo a aceptar el papel de víctima o el peso de la vergüenza –“No seré victimizada y no estoy rota”, escribió Labib– son un ejemplo más de un modo de resistencia feminista específico de la etapa post-revolucionaria.

Este período ha estado marcado por las disputas alrededor del cuerpo de las mujeres – “el arma, el escudo y el campo de batalla”, según Awadalla.⁵⁰ Paradójicamente, sin embargo, la escalada de la violencia sexual en el Egipto post-Mubarak no ha sido recibida con sumisión y el retorno al hogar de las mujeres egipcias, sino, al contrario,

47 Ver Ahmad Awadalla. “The Shackles of Virginity”. 1 de abril de 2011. Enlace: <http://www.rwac-egypt.blogspot.com/2011/04/shackles-of-virginity.html>.

48 Ver <http://www.youtube.com/watch?v=4iboFV-yeTE&skipcontrinter=1&bpctr=1353222013>.

49 Ver “They were cowards and I shall remain.” 13 de junio de 2012. Enlace: <http://postjan25randomposts.tumblr.com/post/24983521240/they-were-cowards-and-i-shall-remain>.

50 Ver “When Women Are Undressed!”. 20 de diciembre de 2011. Enlace: <http://rwac-egypt.blogspot.com/2011/12/when-women-are-undressed.html>.

con más 'cuerpos rebeldes' llenando las plazas y manifestándose contra la violencia en las calles y en el ciberespacio, una demostración más de los efectos creativos que el poder disciplinario puede generar.

Referencias:

- Abaza, M. (2006). "Egyptianizing the American Dream", en Singerman y Amar, *Cairo Cosmopolitan*. The American University in Cairo Press, Cairo y Nueva York.
- Al-Ali, N. (2012). "Gendering the Arab Spring". *Middle East Journal of Culture & Communication*, N°. 5: 26 - 31.
- Amar, P. (2011). "Turning the Gendered Politics of the Security State Inside Out?" *International Feminist Journal of Politics*, Vol. 13, N°. 3: 299 - 328.
- Amnistía Internacional (2013). "Egypt: Gender-Based Violence against Women around Tahrir Square". Enlace: <http://www.amnesty.org/en/library/asset/MDE12/009/2013/en/4100936b-954c-4696-ab69-35b2790b7ccb/mde120092013en.pdf>.
- Bartky, S.L. (2008 [1988]). "Foucault, la feminidad y la modernización del poder patriarcal". Traducción de Gabriela Castellanos. *Manzana de la Discordia*, Vol. 3, N°. 1: 137 - 152.
- Bowman, C.G. (1993). "Street Harassment and the Informal Ghettoization of Women". *Harvard Law Review*, N°. 106: 517 - 580.
- Bordo, S. (1999). "Feminism, Foucault and the Politics of the Body", en Price y Shildrick, *Feminist Theory and the Body: A Reader*. Routledge, Nueva York.
- Bordo, S.R. (1989). "The Body and the Reproduction of Femininity: A Feminist Appropriation of Foucault", en Jaggar y Bordo, *Gender/Body/Knowledge: Feminist Reconstructions of Being and Knowing*. Rutgers University Press, New Brunswick.
- Brant, C. y Too, Y.L. (1994). *Rethinking Sexual Harassment*. Pluto Press, Londres y Boulder.
- Cockburn, C. (2007). *From Where We Stand: War, Women's Activism and Feminist Analysis*. Zed Books, Londres y Nueva York.
- Cohen, D.K. (2013). "Explaining Rape during Civil War: Cross-National Evidence (1980–2009)". *American Political Science Review*, Vol. 107, N°. 3: 461 - 477.
- Crouch, M. (2009). *Sexual Harassment in Public Places*. Philosophy Documentation Center, Charlottesville.
- Davis, D.E. (2002). "The Harm that Has No Name: Street Harassment, Embodiment, and African American Women", en Mui y Murphy, *Gender Struggles: Practical Approaches to Contemporary Feminism*. Rowman & Littlefield, Lanham y Oxford.
- De Koning, A. (2009). "Gender, Public Space and Social Segregation in Cairo: Of Taxi Drivers, Prostitutes and Professional Women". *Antipode*, Vol. 41, N°. 3: 533 – 556.
- De Koning, A. (2006). "Café Latte and Caesar Salad", en Singerman y Amar, *Cairo Cosmopolitan*. The American University in Cairo Press, Cairo y Nueva York.
- Denis, E. (2006). "Cairo as Neoliberal Capital?", en Singerman y Amar, *Cairo Cosmopolitan*. The American University in Cairo Press, Cairo y Nueva York.
- Di Leonardo, M. (1981). "Political Economy of Street Harassment". *Aegis*, N°. 30: 51 – 56.

- ECWR, Egyptian Center for Women's Rights (2010). "Clouds in Egypt's Sky. Sexual Harassment: From Verbal Harassment to Rape". United Nations Population Fund (UNFPA). Enlace: http://egypt.unfpa.org/Images/Publication/2010_03/6eeeb05a-3040-42d2-9e1c-2bd2e1ac8cac.pdf.
- El-Nadeem Center for Rehabilitation of Victims of Violence and Torture, Nazra for Feminist Studies, and New Woman Foundation (2013). "Sexual Assault and Rape in Tahrir Square and its Vicinity: A Compendium of Sources 2011-2013". Enlace: <http://nazra.org/sites/nazra/files/attachments/compilation- of sexual-violence -testimonies between 2011 2013 en.pdf>.
- Fairchild, K. y Rudman, L.A. (2008). "Everyday Stranger Harassment and Women's Objectification". *Social Justice Research*, Vol. 21, N°. 3: 338 - 357.
- Foucault, M. (1977 [1976]). *Historia de la sexualidad 1: La voluntad de saber*. Siglo XXI Editores, Buenos Aires y México, D.F.
- Foucault, M. (1976 [1975]). *Vigilar y castigar: Nacimiento de la prisión*. Siglo XXI Editores, Buenos Aires y México, D.F.
- Galán, S. (2012). "'Today I Have Seen Angels in Shape of Humans': An Emotional History of the Egyptian Revolution through the Narratives of Female Personal Bloggers". *Journal of International Women's Studies*, Vol. 13, N°. 5: 17-30.
- Gardner, C.B. (1995). *Passing by: Gender and Public Harassment*. University of California Press, Berkeley.
- George, R.M. (2007). "(Extra)Ordinary Violence: National Literatures, Diasporic Aesthetics, and the Politics of Gender in South Asian Partition Fiction". *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, Vol. 33, N°. 1: 135 - 158.
- Ghannam, F. (2002). *Remaking the Modern: Space, Relocation, and the Politics of Identity in a Global Cairo*. University of California Press, Berkeley.
- Hanmer, J. y Maynard, M. (1987). *Women, Violence, and Social Control*. Humanities Press International, Atlantic Highlands.
- Heineman, E.D. (2011). *Sexual Violence in Conflict Zones: From the Ancient World to the Era of Human Rights*. University of Pennsylvania Press, Philadelphia.
- Ilahi, N. (2010). "Gendered Contestations: An Analysis of Street Harassment in Cairo and its Implications for Women's Access to Public Spaces". *Surfacing*, Vol. 2, N°. 1: 56 - 69.
- Kelly, L. (1987). "The Continuum of Sexual Violence", en Hanmer y Maynard, *Women, Violence, and Social Control*. Humanities Press International, Atlantic Highlands.
- Kissling, E.A. (1991). "Street Harassment: The Language of Sexual Terrorism". *Discourse & Society*, Vol. 2, N°. 4: 451 - 460.
- Larkin, J. (1997). "Sexual Terrorism on the Street: The Moulding of Young Women into Subordination", en Thomas y Kitzinger, *Sexual Harassment: Contemporary Feminist Perspectives*. Open University Press, Buckingham y Bristol.
- Leatherman, J.L. (2011). *Sexual Violence and Armed Conflict*. Polity, Cambridge.
- Lenton, R, Smith, M.D. y Fox, J. (1999). "Sexual Harassment in Public Places: Experiences of Canadian Women". *Canadian Review of Sociology & Anthropology*, Vol. 36, N°. 4: 517 - 540.
- MacLeod, A.E. (1992). "Hegemonic Relations and Gender Resistance: The New Veiling as Accommodating Protest in Cairo". *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, Vol. 17, N°. 3: 533 - 557.
- Merry, S.E. (2001). "Spatial Governmentality and the New Urban Social Order: Controlling Gender Violence Through Law". *American Anthropologist*, Vol. 103, N°. 1: 16 - 29.
- Pitanguy, J. (2011). "Reconceptualizing Peace and Violence against Women: A Work in Progress". *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, Vol. 36, N°. 3: 561 -

- 566.
- Rose, G. (1993). *Feminism and Geography: The Limits of Geographical Knowledge*. Polity Press, Cambridge.
- Rose, N. y Miller, P. (2008). *Governing the Present*. Polity Press, Cambridge.
- Thompson, D.M. (1994). "The Woman in the Street: Reclaiming the Public Space from Sexual Harassment". *Yale Journal of Law & Feminism*, N°. 6: 313 - 348.
- Tuerkheimer, D. (1997). "Street Harassment as Sexual Subordination: The Phenomenology of Gender-Specific Harm". *Wisconsin Women's Law Journal*, Vol. 12, N°. 2: 167 - 206.
- Wesselmann, E.D. y Kelly, J.R. (2010). "Cat-Calls and Culpability: Investigating the Frequency and Functions of Stranger Harassment". *Sex Roles*, Vol. 63, N°. 7: 451 - 462.
- Wise, S. y Stanley, L. (1987). *Georgie Porgie: Sexual Harassment in Everyday Life*. Pandora, Londres y Nueva York.
- Woodhull, W. (1988). "Sexuality, Power, and the Question of Rape", en Diamond y Quinby, *Feminism & Foucault: Reflections on Resistance*. Northeastern University Press, Boston.